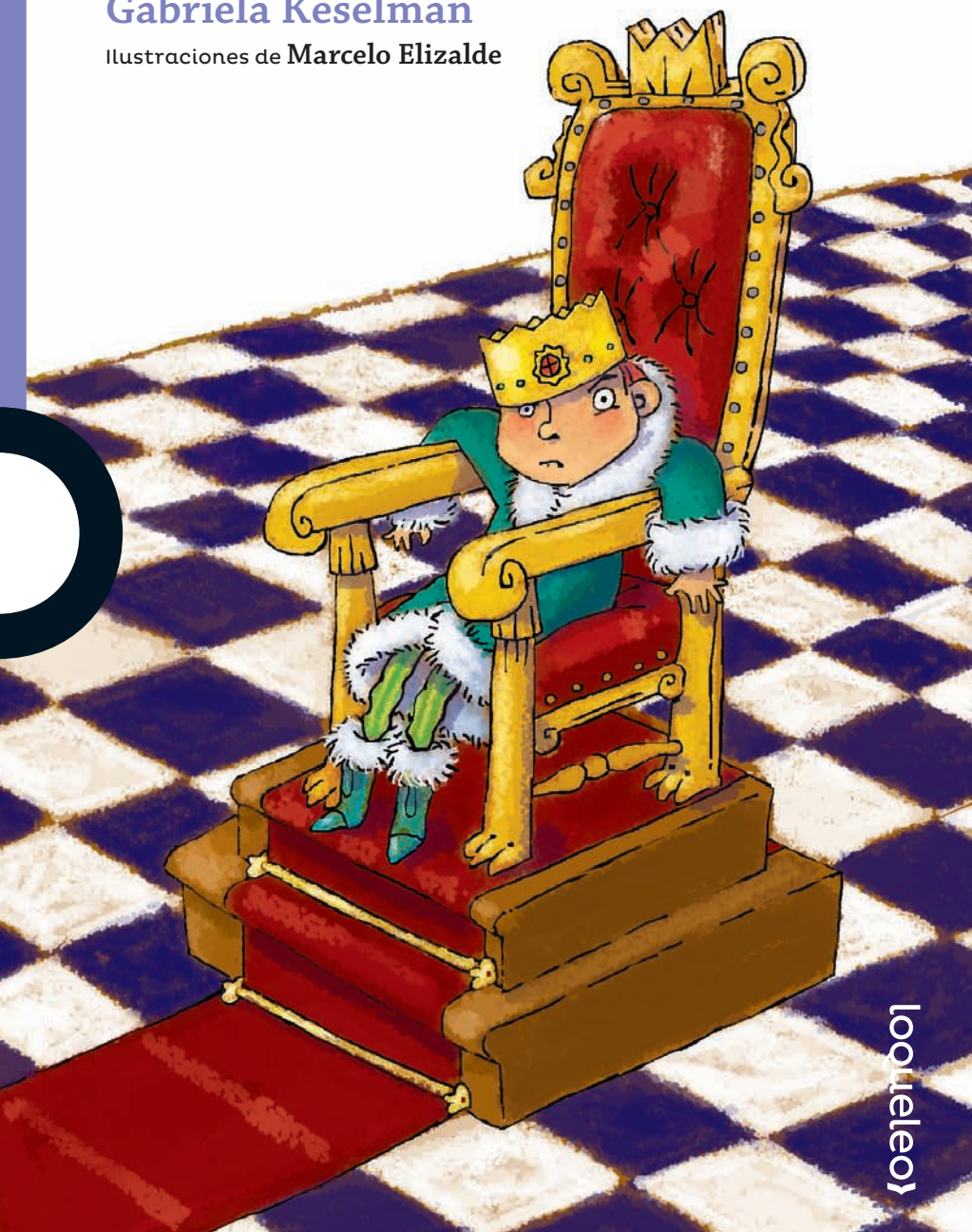
Hasta la coronilla

Gabriela Keselman

Ilustraciones de Marcelo Elizalde



loqueleo

www.loqueleo.santillana.com

© 1997, Gabriela Keselman
© 2001, 2011, 2014, Ediciones Santillana S.A.
© De esta edición:
2016, Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4453-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira
Ilustraciones: Marcelo Elizalde

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Keselman, Gabriela
Hasta la coronilla / Gabriela Keselman ; ilustrado por Marcelo Elizalde. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.
136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)
ISBN 978-950-46-4453-8
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Elizalde, Marcelo, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2015 en xxxxxxxxxxx

Hasta la coronilla

Gabriela Keselman

Ilustraciones de Marcelo Elizalde

loqueleo

Prólogo

Queridas lectoras y queridos lectores:

Antes que nada me voy a presentar. Soy la Reina Conenes I, pero, como a veces estoy hasta la coronilla de ser y de hacer de reina, salgo del palacio, me disfrazo de escritora y me dedico a escribir libros para chicos y chicas como ustedes, que firmo con el nombre de Elena.

Un día, mientras estaba haciendo de escritora en una de mis escapadas del palacio, conocí a Gabriela Keselman, la autora del libro que tienen ahora mismo en sus manos. Me enseñó su relato, aún sin publicar, y me dijo que lo leyera.

Y lo hice.

Cuántas veces al cabo de la semana decimos algo parecido a: "¡Estoy hasta la

coronilla!". En este relato que van a leer hay alguien que está hasta la coronilla. Y realmente está hasta la coronilla porque es un príncipe pequeño. Y quién mejor que un príncipe pequeño para llevar una corona pequeña, es decir, una coronilla...

¿De qué está harto nuestro príncipe? Pues no se los voy a contar, claro. Eso lo tendrán que descubrir ustedes. Pero descubriré otro secreto: les contaré qué me pasó a mí cuando descubrí de qué estaba harto ese príncipe y qué hizo para solucionarlo.

Pero primero les tengo que contar algo de mí misma.

Miren, aunque sea reina, yo fui niña como ustedes. Tuve unos padres, como ustedes. Ahora ya he crecido un poco y soy mamá (no como ustedes).

Y soy mamá porque un buen día decidí que quería tener dos hijos: un príncipe y una princesa. Los hijos pueden nacer de muchas formas. Pero casi siempre nacen, antes que nada, en el corazón de su madre. Así que me fui a un país del Este a

buscar ese hijo príncipe que había nacido en mi corazón.

Luego me fui a un país del Oeste a buscar esa hija princesa que había nacido en mi corazón.

Y me sentí muy feliz y contenta con esos dos hijos, tan deseados, tan queridos. En el momento de escribir estas líneas, mi príncipe tiene nueve años y mi princesa, cinco.

Hasta que leí el libro de mi amiga Gabriela, pensé que yo había adoptado dos hijos. Pero, cuando leí el libro, fue como si me hubieran puesto patas para arriba y viera el mundo al revés. O quizá del derecho, quién sabe...

Me di cuenta de que mis hijos me habían adoptado a mí. ¡Un gran descubrimiento, sí señor! Desde entonces me siento una reina doblemente privilegiada. ¡Ah! Y ya no me hace falta disfrazarme de escritora; ahora escribo cuentos y novelas para ellos.

Bueno, ya deben de estar hasta la coronilla de tanto rollo inicial y tendrán

ganas de empezar a leer esta sorprendente historia...

Espero que su lectura no los ponga patas para arriba como me puso a mí.

Elena O'Callaghan i Duch

Capítulo I

El príncipe Sinpapis I había nacido. Eso era seguro.

Pero no había nacido de un rey y una reina.

Ni de un hombre y una cigüeña.

Ni de una mujer y un repollo.

Ni de una semilla extraviada.

Ni de un cuento chino.

Su llegada al mundo era un auténtico misterio.

Sin embargo, allí estaba, un principito como todos.

Bueno, como todos, todos, no.

No pertenecía a una familia.

Por lo tanto, tenía unos problemas especiales.

No podía dejar los juguetes tirados porque no tenía una mamá a quien sacar de quicio.

No podía ser contestador porque no tenía un papá que le prohibiese hacer lo que se le diera la gana.

Pero era peor cuando se le antojaba jugar con los cocodrilos que cuidaban el castillo. Sinpapis I les decía:

—Hoy vamos a jugar al dentista y les sacaré las muelas.

Los cocodrilos se ponían a llorar.

—¡Llorones! —les gritaba Sinpapis I.

—Andate a asustar a tu abuela —respondían, enojados, los cocodrilos.

—¡No tengo abuela, animales!

Y entonces, el príncipe también se ponía a llorar.

La situación era insostenible.

Sinpapis I necesitaba una familia. Por eso, los mejores magos del reino pusieron manos a la obra para conseguirle una.

Primero intentaron un trasplante de árbol genealógico.

Pero fue en vano. Luego probaron pócimas y mejunjes para fabricarle al príncipe antepasados de todo tipo. Incluso quisieron crearle un bisabuelo medio vampiro.

No hubo caso.

Sinpapis I no conseguía ni un tío fantasma a quien llamar por teléfono.

Así que, una mañana, el pobre se levantó de muy mal humor. Y encima no tenía nadie a quién quejarse.

—¡Estoy hasta la coronilla! —chilló.

Y, como era un chico de decisiones realmente rápidas, no tardó en tomar una. Él solito.

Se sentó en la cama y exclamó:

—Adoptaré unos padres.

Al día siguiente, Sinpapis I envió caballeros galopantes a todos los castillos vecinos.

Cada uno llevaba en sus alforjas el siguiente mensaje:

Principitos y princesitas con familia. Stop. Voy a organizar el Gran Concurso de la Adopción. Stop. Si quieren participar y ser mis hermanos, escríbanme contándome cómo son su mamá y su papá. Stop. Los mejores padres serán los elegidos. Stop. El premio soy yo. Stop. Buena suerte. Stop.

Sinpapis I no tuvo que esperar demasiado. Al poco tiempo...

Capítulo II

Llega una carta de parte del príncipe Tansensible, hijo del rey Tanmachote. Viene escrita por el Cronista Oficial del Reino sobre un pétalo de cristal y Sinpapis I tiene que ponerse la coronilla de algodones para leerla:

Érase una vez un rey muy grande, muy fuerte, muy duro, muy valeroso, muy guerrero y... un poco bruto llamado Tanmachote.

En una época de paz, Tanmachote y su esposa (cuyo nombre no viene al caso) tuvieron un niño. Un príncipe delicado, emotivo y sentimental al que llamaron Tansensible.

Tansensible observaba a los cisnes que jugueteaban en el lago y se emocionaba. Cuando alguien se enfermaba, él se sentaba

a su lado y lo entretenía hasta que se curaba. Escribía cartas a la Luna y dibujaba corazones en las piedras del castillo.

Pero ocurría también que, cuando la maestra real le ponía un cero en matemática, Tansensible se sentía horrible. Sumaba los pucheritos y luego los multiplicaba y luego los volvía a sumar.

Cuando su hermana Tanbestia lo perseguía por los pasillos con una araña en las manos, Tansensible se asustaba tanto que temblaba sin parar y, al fin, se desmayaba sobre la alfombra.

Cuando la reina le gritaba: "¡Tansensible, bajá a comeeer!", el pobre, de la impresión, se volaba. Y, a veces, no había forma de bajarlo a tierra.

Y cuando el rey Tanmachote lo llamaba llorón, Tansensible lloraba aún más.

Y lloraba y lloraba hasta inundar el castillo del Conde Vecino.

El rey Tanmachote estaba desesperado. Paseaba por los oscuros pasillos y recitaba sus lamentaciones: